

tar toda la inhumanidad de aquellos bárbaros, cuando acaso una manada de caballos que pacía en la campiña, espantada corrió á aquel lugar. Los sitiadores, creyendo que fuese alguna partida de españoles, huyeron á gran prisa, y los sitiados escaparon tomando luego el camino de Guadiana, llevando á aquella ciudad la desolación y el espanto. En Papátziaro el pueblo principal de la nación, con la noticia que se había tenido por la muerte de tres indios fieles y de unos misteriosos embozados, había dado orden el teniente que se recogiesen todos á la iglesia. El mismo día que en Santa Catarina dieron muerte al padre Hernando de Tobar, entraron en Santiago doscientos indios bien armados, y después de cometidas en una hermita vecina, en las casas y en las cruces y cosas santas que hallaban, las acciones mas indignas, pusieron cerco á la iglesia en que estaban tambien los dos padres Diego de Orozco y Bernardo de Cisneros. Los sitiados resistieron dos dias apagando el fuego que diversas ocasiones prendieron á las puertas, defendiéndose de las flechas y matando tambien algunos tepehuanes. Estos, temiendo que á los españoles viniese socorro de Guadiana, donde sabian haber enviado ya aviso, lograron con la astucia lo que acaso no habrian con la fuerza conseguido tan presto. Mandaron decir á los sitiados que se apiadaban de ellos, y que los dejarían salir con vida como dejasen las armas. Estos, por medio de otro indio, respondieron que no querían sino salir de allí, que les dejarían sus casas, tierras y ganados, y solo marcharian con sus familias á Guadiana. Aceptaron gustosamente los pérfidos tepehuanes. Los españoles formando como una devota procesion comenzaron á salir de la iglesia. Los enemigos que los cercaban por uno y otro lado, reprimieron su furor por algunos pocos instantes para que acabasen todos de salir. Cerraba la procesion el padre Bernardo de Cisneros, llevando en sus manos el Santísimo Sacramento, que ó por mayor consuelo de los fieles, ó por la confianza que tenían en el socorro de Guadiana, ó por inadvertencia en un caso tan repentino, había dejado de consumir. Accion que ni podemos disculpar enteramente ni querriamos condenar del todo. Llegando el padre con el Divinísimo á la mitad del cementerio, y pareciéndole que en aquel lucido intervalo de su furor darian oídos á sus exhortaciones y prudentes consejos, comenzó á perstadirles se sosegasen. En este mismo instante, como si las palabras de su celoso pastor fueran señal de acometer, con una furia infernal cargaron sobre aquella tropa inocente. Hombres, mugeres y niños, sin

distincion de edad ni sexo, todo cedia á su furor. Con lanzas de palo del Brasil, con flechas, con macanas, y con espadas y hachas que habian tomado á los españoles, mataban, destrozaban y arrastraban sin resistencia alguna. Al padre Diego de Orozco atravesaron con una lanza y acabaron con un golpe de macana. Al padre Cisneros arrebataron de las manos el santísimo cuerpo del Señor, y no parece que lo dejaron con vida algunos instantes, sino para que tuviese que sentir los ultrages que hacian á su adorable Redentor. Arrojaron al suelo las hóstias, pisáronlas y burláronse de ellas con el mayor escárnio. Luego asiendo del padre entre ocho indios lo levantaron en alto mientras que otro de parte á parte le atravesó por junto al hombro con una flecha. En este estado, repitiendo el padre solo estas palabras: Haced, hijos míos, de mí lo que quisiéreis, y diciendo ellos con escárnio, *Dominus vobiscum* y otras palabras de la misa, le estendieron los brazos en forma de cruz, y otro con una hacha le abrió el cuerpo de medio á medio, con que consumó su holocausto el fervoroso misionero.

De los que en su compañía salieron de la iglesia, solo seis pudieron libertarse del furor de los tepehuanes y siguieron el camino de Guadiana. Poco antes de llegar á la Saucedá encontraron con el capitán Martínez de Olivas, que venia á su socorro: volvió atrás á conducirlos con algunas otras tropas de fugitivos que se les había juntado de los pueblos y campos vecinos. En la Saucedá, dos indios tepehuanes, creyendo que ya allí como en los demas pueblos no habria quedado con vida español alguno, se iban entrando por las casas para aprovecharse de los despojos. Presos y puestos á tormento, confesaron que el intento era asaltar aun la misma ciudad de Durango, y en efecto poco faltó para que lo cumplieran. En el Zape ó pueblo de S. Ignacio, al mismo tiempo que en Papátziaro, diez y nueve españoles que con mas de sesenta negros esclavos habian venido á prevenir la fiesta del dia 21, y cuatro padres misioneros que se habian congregado con el mismo piadoso designio, fueron otras tantas víctimas de su religion y del furor de los apóstatas. Dos de ellos, que fueron los padres Luis de Alavez y Juan del Valle, murieron el mismo dia 18. Los padres Juan Fonte y Gerónimo de Moranta al siguiente dia 19 en el camino para el pueblo. En el mismo dia acabó gloriosamente el padre Hernando de Santarén en el lugar de Tenexapa de camino para el pueblo de S. Ignacio. Queriendo en Tenexapa detenerse á decir

En el Zape, y muerte de cinco misioneros.

misa, vió la iglesia destrozada y vacío de gentes el lugar. Le causó esto mucho dolor; pero no imaginó que fuese general el alzamiento, ni quiso el Señor que lo alcanzasen varios correos que le había enviado el padre Andres Tutino, su antiguo compañero. Tomó el camino para Guadiana, y al pasar un arroyo sintió el tropel de los enemigos que con grande algazara lo arrojaron en tierra. El padre, con su acostumbrada dulzura, les preguntó, qué mal les había hecho. Respondiéronle con un golpe de macana que le abrió la cabeza. El padre Adres Lopez, con el aviso oportuno que se le dió, tuvo lugar de retirarse al Real de minas de Indehé. El alcalde mayor D. Juan de Alvarez noticioso de lo sucedido en los pueblos de tepehuanes, pasó luego con doce soldados al Zape, reconoció á la luz de la luna los cuerpos muertos de los españoles y la iglesia quemada: no teniendo allí que hacer, y temiendo que se dejasen caer los rebeldes sobre el Real de Guanazevi, volvió allá con diligencia. En el camino tuvieron que sufrir algunas descargas de flechas, de que fueron heridos algunos; pero ninguno de riesgo. Al capitán mataron el caballo. La fidelidad de un indio mexicano le proveyó de otro en que proseguir la jornada. En Guanazevi se acogieron todos á la iglesia, en que resistieron valerosamente á los tepehuanes, y los obligaron á alzar el cerco con muertes de muchos de los suyos. La cólera que no habían podido apagar en la sangre de los españoles, la desfogaron contra las casas y oficinas de las minas que arrasaron impunemente, y hubieran acabado con todo el gobierno de Nueva Vizcaya y aun de toda la América, si Dios no hubiese cortado sus pasos atrevidos. Entre los acaxeos que doctrinaba el padre Andres Tutino halló que en pueblo de Coapa, el mas vecino á los tepehuanes, dos caciques habían comenzado á sembrar rumores sediciosos y trataban de unirse con los tepehuanes. El misionero dió aviso á D. Bartolomé Suarez, capitán del Real de San Hipólito, que con increíble celeridad, caminadas en una noche y medio día mas de cincuenta leguas, vino á su socorro. Concurrió también el padre Pedro Gravina, misionero de los xiximes, con noticias igualmente fatales de los pueblos que doctrinaba. El capitán en Coapa hizo justicia de los dos caciques que se supo haber dado socorro á los apóstatas. Esta ejecución acabó de fijar los ánimos fluctuantes de los acaxeos que no habían aun perdido todo el horror á la sacrilega conducta de los tepehuanes. El padre Pedro Gravina volvió á sus xiximes á entrarse en los peligros por estar esta nación mas

En el Zape y en el Real de Indehé.

Inquietud de los xiximes.

deklarada aun que los acaxeos. Algunos de ellos entraron á los pueblos de su misma nación donde se hallaban los padres, que hubieran sin duda muerto á sus manos á no haberse retirado con tiempo á San Hipólito. Quemaron la iglesia, retablos y ornamentos, aunque no tan impunemente que no les siguieran el alcance muchos de aquellos pueblos en quienes florecia aun la verdadera religion. No mostraron menos fidelidad y constancia los de San Hipólito vivamente solicitados de los tepehuanes y de los suyos. Su respuesta fué que ellos no habían recibido mal de los padres, y que habían sido bautizados por el padre Santarén.

De los xiximes pasó fácilmente el contagio al Real de Topia. Algunos sediciosos, aliados con los tepehuanes, determinaron para el día de Reyes del año siguiente dar sobre el presidio y deshacerse de los padres Juan Acacio y Juan de Alvarez que los doctrinaban. El capitán de aquella guarnición con la noticia que había tenido días antes, había puesto el lugar fuera de insulto, y esta mina hubo de reventar contra los mismos que la forjaban, presos y ajusticiados los gefes de la conspiración. Los tepehuanes mal despachados de aquí pasaron á los pueblos de Teclihuapa y Carantapa, en que fueron bien recibidos, ó por corrupción, ó por temor de sus moradores. Los padres Diego de Acevedo y Gaspar de Nájera se habían por orden de la obediencia retirado á Sinaloa; pero pasando algunos días sin novedad en sus pueblos determinaron restituirse, bien que con la escolta de seis soldados y sesenta indios amigos que les obligó á llevar consigo el prudente capitán Hurdaide. Mandó también fabricar un fortín en el pueblo á que pudiese acogerse la guarnición, y no satisfecho aun de los indios por haberse sabido que algunos habían seguido á los tepehuanes á Santiago, y que otros habían intentado dar la muerte á sus ministros, intentó probar su fidelidad mandando que acometiesen á los tepehuanes que se sabía estar en algunos ranchos vecinos. Los serranos en número de ciento y treinta acometieron repentinamente á los que se creían ser sus aliados, los pusieron en fuga, dieron muerte á muchos y volvieron con sus cabezas y con una muger prisionera, por quien se supo que no esperaban sino un nuevo refuerzo de gente para caer sobre todas las poblaciones de aquellas serranías. Así por el ardid del sabio capitán, ó se declararon ó se hicieron enemigos aquellos pueblos, y se pudo por algún mas tiempo contar sobre su fidelidad seguramente.

Del Real de Topia.

Año de 1617.

Peligro de Guadiana.

El atrevimiento de los apóstatas no se limitaba solamente á los pequeños pueblos y familias de españoles. Se supo despues que el pueblo del Tunal, dos leguas distantes de Guadiana, y algunos otros comarcanos debian sorprender la ciudad al mismo tiempo que los tepehuanes en sus pueblos acometieran á los padres y vecinos el dia 21 de noviembre. La codicia de los de Santa Catarina anticipando las hostilidades rompió estas medidas, y salvó á la capital. Avisados de los fugitivos de Papátzquiario, procuraron ponerse en estado de defensa, formando fosos y trincheras, y cerrando las calles y avenidas. Trabajaban en estas obras públicas algunos indios del Tunal, á los cuales oyó decir un religioso de San Juan de Dios: „Dadnos hoy prisa, que mañana lo vereis.” Esta voz, junta con otros pequeños indicios hizo que los arrestasen. Procedíase á fuerza de tormentos á tomarles confesion, cuando repentinamente, sin saber de donde ó con qué motivo, se soltó la voz que venian en tropa á la ciudad los indios, y que habian ya muerto en las cercanías á algunos españoles. Las mugeres y niños se acogieron á las iglesias, los hombres corrieron á las armas. Los soldados que guardaban los presos, creyendo tener ya el enemigo sobre los brazos, les entran las dagas por los pechos. Por toda la ciudad se corria con un terror pánico, aunque en ninguna parte se hallaban los tepehuanes. Entre los indios de los pueblos comarcanos se hallaron muchos de sus pertrechos de guerra, y en casa de un cacique una corona de rica plumería para jurarse rey de Guadiana. Este y otros caciques y gobernadores de los pueblos pagaron con la vida, puestos en horcas al rededor de la ciudad. Informado el virey, mandó que de las dos cajas reales de Guadiana y Zacatecas se diese todo el dinero necesario para la guerra, que con consulta de los mas graves teólogos y jurisconsultos, se declaró á los apóstatas. Entretanto se cogió en Durango una espía, y puesto en tormentos, declaró que los de Papátzquiario y otros confederados estaban ya á dos leguas de la ciudad, y que traian por capitán á un indio llamado Pablo, el que con falsas promesas de paz habia hecho salir en Santiago á los padres y españoles de la iglesia. Con esta noticia, y órdenes que habian ya llegado de México, movió el gobernador D. Gaspar de Alvear con setenta ó poco ménos soldados españoles y ciento y veinte indios amigos ácia los reales de minas de Guanazevi, de Indehé, y lugares vecinos. Al montar la cuesta que llaman del Gato, tuvo que sostener un fuerte ataque de los indios, que con una nube de flechas

y con peñascos que hacian rodar desde la cumbre, procuraban impedir la subida, que sin embargo se venció sin muerte alguna de nuestra parte. En la cima se hallaron los cadáveres de D. Pedro Rendon, regidor de Guadiana, y de Fr. Sebastian Montaña, religioso dominico, que despues de dos meses conservaba aun la sangre fresca en algunas partes del cuerpo y exhalaba una suave fragancia. El dia 14 de enero llegó el gobernador á Guanazevi, que halló todo consumido al fuego fuera de la iglesia, en que se habian encerrado los vecinos y fortificado cuanto permitia el tiempo. Dejando socorrido este sitio y abastecido de víveres de guerra y de boca, determinó pasar adelante á recorrer la tierra.

Espedicion del gobernador contra los apóstatas.

Dividió su pequeño ejército en dos trozos, veinticinco soldados y sesenta indios amigos dió al capitán Montaña, y él con veintisiete y treinta de los conchos salió á buscar al enemigo. Los dos campos debian juntarse en el Zape para el dia 23 de enero. El capitán Montaña tuvo la fortuna de hacer prisionero á un indio principal llamado hijo del cacique de Santa Catarina, por donde habia comenzado la sedicion. Este, fuera de los indios de Sinaloa, declaró por cómplices en la conspiracion á todos los demas desde Guadiana para el Norte. Varias partidas de indios que se encontraban por los caminos citaban para Santiago de Papátzquiario, y desaparecian con admirable velocidad. Juntos en el Zape para el dia señalado los dos trozos, se hizo justicia en el cacique prisionero. Se hallaron los cuerpos de treinta españoles entre hombres, mugeres y niños, y como sesenta indios, todos boca abajo, que se creyó ser alguna supersticiosa ceremonia de los bárbaros, como lo han observado otros autores de los moradores de la Florida. Los cuerpos de los padres Juan del Valle, Luis de Alavez, Juan Fonte y Gerónimo de Moranta se hallaron enteros, y fresca aun la sangre en las heridas. El gobernador, despues de haber dado á los enemigos algunos sustos, aunque sin mayor fruto, dió la vuelta á Guadiana trayendo consigo los cuerpos de los cuatro jesuitas. Pasando por Santa Catarina despachó á los capitanes Cristobal de Ontiveros y Montaña por diversos rumbos, hizo buscar cuidadosamente el cadáver del padre Hernando de Tovar, que no pudo encontrarse. Los dos capitanes con sus destacamentos encontraron diferentes partidas de ochenta y cien indios que nunca tuvieron valor de hacerles frente. De Santa Catarina marchó el gobernador para Atotonilco. El enemigo le salió al encuentro con bastante osadía y resolucion. Venian capitaneados de un

mestizo ladino llamado Mateo Canelas y de otros muchos criados de españoles que se les habian agregado con el amor de la libertad y codicia del pillage. De los caciques principales era uno D. Pablo. Este y otros trece de los mas atrevidos quedaron sobre el campo á las primeras descargas, y se hicieron algunos prisioneros; los demas se salvaron por la fuga. Uno de los presos declaró que todo el bagage de los apóstatas, sus mugeres é hijos estaban en Tenexapa, donde tenian un famoso ídolo, que les habia prometido la victoria é incitado á la rebelion. El ejército habia caminado aquel dia cinco leguas, y restaban diez hasta Tenexapa; sin embargo, los soldados mismos, olvidados de su cansancio, pedian que se les llevara al enemigo. El gobernador, tomando cincuenta soldados y sesenta indios aliados, la flor de su gente, acompañado del capitan Juan de Pordejuela se movió para Tenexapa á las siete de la noche del dia 12 de febrero. A la mañana amaneció sobre el pueblo, y aunque no fué tan en silencio la marcha que no la hubiesen sentido los bárbaros y procurado retirarse á los bosques, sin embargo quedaron aun muchos al amparo de sus hijos y mugeres. Se acometió por varias partes al pueblo: murieron treinta de los tepehuanes; quedaron prisioneros entre hombres, mugeres y niños mas de doscientas y veinte personas. Aquí se hallaron dos niñas españolas, hijas de D. Juan de Castilla, teniente de Papátzquiario, que habia muerto en el ataque el dia 18, y algunas otras negras y mulatas criadas de los españoles, ciento y cincuenta cabalgaduras, fusiles, cotas y otras muchas alhajas de valor de mas de mil y quinientos pesos. No pudiendo seguir el alcance á los fugitivos se tomó la marcha por Santiago, donde, como en Atotonilco, se dió sepultura á los muchos cadáveres que se hallaron sin poderse distinguir las personas. Los apóstatas no osaron tener la campaña, y el gobernador se partió para Durango. En los pinos se le juntó el capitan D. Sebastian de Oyarzabal con cuarenta y cuatro soldados que enviaba en su socorro D. Francisco de Ordiñola, y el capitan D. Hernan Diaz con otra compañía y doscientos indios amigos. Con este nuevo refuerzo y noticias de otros países que le venian de continuos asaltos de los Tepehuanes determinó revolver sobre ellos sin entrar en la ciudad. Antes de partirse entregó en la Sauceda al padre rector de Guadiana los cuatro cuerpos de los padres muertos en el Zape, que fueron recibidos con una especie de triunfo. Marchaban delante algunas compañías de soldados, y al lado mas de trescientos indios de á pié y de á caballo vestidos á su

modo, y adornados de su mas rica plumería. Entre las salvas de los soldados y repiques de las campanas quedaron depositados en el convento de S. Francisco, en que al dia siguiente, 7 de marzo, se les cantó misa muy solemne que ofició el reverendísimo padre provincial Fr. Juan Gomez; y de allí fueron con el mas lucido acompañamiento, conducidos á nuestro templo, donde bajo el altar de nuestro muy santo padre Ignacio se les dió decente sepultura, anotando sobre las cajas sus nombres y el dia y año de sus muertes. De las virtudes con que los dispuso el Señor para unas muertes tan preciosas, y de otras particulares circunstancias, hablaremos difusamente en el lugar mas propio, teniendo por mejor callar aquí donde se espera tanto y no se puede decir todo.

Mientras que se hacian tan justamente estos honores á los despojos de aquellos misioneros, los tepehuanes y sus confederados en lugares bien distantes de la capital no dejaban de causar bastante inquietud. Los del Mezquital habian prendido fuego á Atotonilco, otro distinto del que hemos nombrado, á ocho leguas de la villa del Nombre de Dios. En la sierra, camino de Chiametla, habian muerto á algunos españoles enviados del gobernador con tres mil pesos en ropa para sacar de aquella provincia algunos indios. En San Sebastian estaban con grande sobresalto aquellos vecinos, y habian quemado en Acajoneta la iglesia y convento de religiosos franciscanos. El gobernador, llevando consigo al padre Alonso de Valencia corrió con inmenso trabajo mas de doscientas leguas. Quitó á los enemigos mucho ganado, quemó sus sementeras, abrazó sus pueblos, prendió muchas de sus mugeres é hijos que no podian seguirlos en su continuo movimiento, tomó algunas espías que quisieron morir en los tormentos antes que quebrantar su obstinado silencio. Lo ruidoso de la marcha, que no podia ocultarse á los tepehuanes, y la esperanza de las sierras en que muchas veces se necesitaban para bajar escaleras de mano, favorecian mucho á los alzados. Solo se vino á las manos con una partida de treinta de ellos. Una emboscada de nuestros aliados los cargó fieramente. Algunos huyeron, los mas quedaron sobre el campo, entre ellos un famoso cacique llamado Francisco Cogoxito, á quien en castigo de las blasfemias que habia bomitado contra los santos y cosas sagradas, permitió Dios que entre las muchas flechas de que se halló erizado el cuerpo, tres puntas, atravesada la lengua, le salian por la boca. Con esta viva fuerza de parte del gobernador D. Gaspar de Al-

Nuevos motivos de inquietud, y segunda jornada del gobernador.

vear se habian enflaquecido mucho las fuerzas de los tepehuanes, y faltádoles tambien muchas de las principales cabezas. En estas circunstancias pareció al padre Andrés Lopez, el único ministro de los tepehuanes, que como dijimos, habia quedado con vida y acogídose á las minas de Indehé, pareció, digo, á este misionero gravemente condolido de los descarríos de aquellas sus amadas ovejas, que podrian dar oído á sus proposiciones de paz. No habia sido tan general la rebelion que no hubiesen quedado muchos fieles á Dios y al rey; pero que sin embargo el temor de ser tratados como cómplices de la conspiracion los hacia andar fugitivos. A estos, por medio de una india anciana, envié el amoroso padre una salva-guardia de órden del virey y del gobernador á Guadiana. La india hizo su oficio con la mayor exactitud. Siendo coja y enferma caminó mas de doscientas leguas de ranchería en ranchería, llevando el papel y el diurno del padre Andrés Lopez, como en prendas de su verdad. Muchos de los que no habian tenido parte en el motin se vinieron desde luego con ella; otros quedaron en buena disposicion para hacerlo cuanto ántes. Tal era el semblante de las cosas en las misiones de Tepehuanes á fines del año de 1617, que dejaremos en esta situacion, apartando un tanto los ojos de tan triste espectáculo, para recrearlos con la vista de la mucha mies que preparaba el Señor á sus obreros en los últimos confines de Sinaloa.

Doctrina de los yaquis, y describe. del Rio Grande.

Hemos hablado ya en otra parte de la numerosa y guerrera nacion de los yaquis, pobladores del grande rio de este nombre, y el último de cuatro que parten de toda aquella provincia. Dijimos como despues de las entradas de D. Diego Martínez de Hurdaide habian celebrado alianza, y dejado rehenes y aun pedido misioneros que les enseñasen la ley del verdadero Dios. Despues de convertidos los mayores sus vecinos y sus antiguos enemigos, habian crecido mas de sus deseos y hacian los mayores esfuerzos por llevarse á sus tierras al padre Pedro Mendez. A los seis años de una constante fidelidad y fervor en pedir ministros, bautizados ya y repartidos muchos de ellos por los pueblos antiguos de cristianos, pareció justo condescender con sus vivas instancias. Por setiembre del año antecedente habia venido á México el padre Andrés Perez para impetrar del Sr. virey las licencias necesarias, que obtenidas con facilidad, volvió por la primavera de este año, y por mayo fué el primero que entró á doctrinar esta nacion con el padre Tomas Basilio. Al rio de Yaqui pusieron por nom-

bre el rio del Espíritu Santo. Bautizaron desde luego de doscientos en doscientos los párvulos, y poco á poco los adultos, que en esto, como en los demas ejercicios de religion, seguian el ejemplo de los caciques.

Nace el *Yaqui* (segun que muchos años despues abanzando siempre mas al Septentrion las nuevas conquistas de los misioneros ha podido averiguarse) en las serranías que por la parte del Oriente dividen la Sonora de la provincia de Taraumara, cerca de Tamitsopa. A pocas leguas de su fuente, recibe cerca de Buaseraca el arroyo de Guatzimera y luego el de Babispe, corriendo siempre al Poniente; y estrechándose luego por diez y ocho leguas entre dos sierras, riega varios pueblos; enriquecido con algunas otras vertientes, despues de haber dado una grande vuelta ácia el Norte, corre ácia el Sur por las tierras de Opotú, de Guazavas y otras, sin mas aumento que unos cortos derrames de las sierras, que á distancia de una ó dos leguas lo ciñen. En este lugar, aunque le dan el nombre del rio Grande, desde principios de mayo hasta julio suele quedar en seco, á excepcion de algunos esteros que corren siempre al Sur. Recibe como á veinte leguas el rio de los Mulatos, el de Aros, y otros varios arroyos, y saliendo luego á tierra mas abierta, se ensancha de tal suerte que á tiempos es forzoso pasarlo en balsa, en cuya construccion y manejo son muy diestros los naturales del pais, que ántes poblaban á S. Mateo, y viven ahora en Saguaripa. De aquí adelante aumentado con el rio de Oposura, y algunos otros vertideros, corre por un largo cajon al Sudoeste como otras diez y ocho leguas hasta el pueblo de Soyopa, que deja á la derecha y á la izquierda, como á dos leguas el de Tonichi, donde se le juntan dos arroyos, y luego el rio Chico en las inmediaciones del pueblo de Nuri. A diez leguas de este rumbo baña sobre su derecha el pueblo de Cumuripa, y recibe de la misma banda un corto arroyo, que nace como á una legua de Tecoripa, ácia el Norte: luego entra por las tierras del Zuaqui, y corridas desde la junta treinta y dos leguas mas al Sudoeste, pasa por el pueblo de Buenavista, donde toma el nombre de Yaqui por los habitantes de esta nacion que cultivan sus orillas en ocho pueblos, los siete sobre la izquierda, y el uno á la derecha cerca de su embocadura. Fertiliza estos campos con inundaciones periódicas por enero y julio. A la boca de este rio, despues de doctrinado, suelen arribar los barcos de California á proveer aquellas costas de granos, por allá muy escasos. Los padres Tomás Basilio

y Andrés Perez, en medio de aquella numerosa gentilidad, comenzaron su ministerio, ofreciendo al Señor las primicias de muchos párvulos, que de doscientos en doscientos bautizaron, agregándose tambien poco á poco algunos adultos, que en esto, como en los demas ejercicios de religion, seguian el ejemplo de sus caciques, segun que lleno de alegría y de confianza, escribió el mismo padre Perez con fecha 13 de junio de 1617.

Establecimiento de Granada Los antiguos deseos de los habitadores de Granada tuvieron por este tiempo todo su efecto. La mision del padre Pedro de Contreras, les hizo formar tan alta idea de los ministerios de la Compañía, que desde luego comenzaron á tratar de la fundacion de un colegio con el mayor fervor. Uno de los vecinos ofreció una casa que para sí habia comenzado á fabricar en el sitio mejor de la ciudad. Otro eclesiástico prometió una hacienda que rentaba tres mil pesos, fuera de seis mil que se juntaron entre otras varias mandas. El Illmo. Sr. D. Pedro Villareal añadió otras casas junto á la Catedral, y cinco mil pesos que á arbitrio de S. Illma. se habian dejado para obras pías. Una liberalidad tan piadosa, acompañada de motivos muy conducentes á la gloria de Dios, que vivamente representaba el Sr. conde de la Gomera, presidente de Guatemala, no podia dejar de tener un efecto muy pronto. En efecto, el padre Nicolás de Arnaya, aunque no admitió la fundacion de casa ó residencia, mandó que volviese á Granada el padre Pedro de Contreras con el padre Blas Hernandez, y que por via de mision estuviesen en la ciudad hasta nueva orden. El júbilo con que fueron recibidos de aquellos ciudadanos, y la prisa que se dieron en procurarles todas las comodidades en casa é iglesia, fué correspondiente al conato y ardor con que los habian solicitado, y tan constante que habiendo estado allí cuatro años los misioneros sin alguna renta fija, que la calidad de pura mision no les permitia recibir, sin embargo, eran tan largas y continuas las limosnas, que en esta parte jamás tuvieron que padecer en lo más mínimo. Comenzaron desde luego á practicar sus ministerios con conocida utilidad del pais, de que los mismos vecinos dieron un honorífico testimonio, que citaremos mas oportunamente en otra parte.

Descripcion de aquel pais Esta region fué descubierta y comenzada á poblar por los españoles el año de 1522, y erigida despues en obispado el de 1534. Gil Gonzalez, segun la relacion de Gomara, bautizó en ella treinta y dos mil indios. Las primeras poblaciones de españoles fueron: Leon, resi-

dencia del gobernador y del obispo, fundada por Francisco Fernandez de Córdoba el año de 1523, y poco despues á Granada. Segovia, de que antiguamente se sacó mucho oro, fundacion posterior de pedrarías. Jaen, á la boca del desaguadero, el Realejo, puerto cómodo del mar del Sur, sobre un pequeño rio. Todas estas poblaciones están al rededor del famoso lago de Nicaragua, si merece este nombre, comunicándose con el mar del Norte. Tiene de largo como treinta leguas, mas de veinte de ancho, y muy cerca de noventa en ámbito: tiene flujo y reflujó, y abunda en muchos géneros de peges y tambien en cocodrilos. El pais comercia en azúcar, en cacao, en tintes de añil y púrpura, con Panamá, Portobelo, Cartagena, Caracas, el Perú, Tabasco y otros paises vecinos. Los corsarios franceses saquearon la ciudad de Leon el año de 1686, y la de Granada el de 1665 y 1675. A pocas leguas de las dos ciudades principales hay otros tantos volcanes. De esta provincia se propuso á S. M. el año de 1534 que se podria abrir un camino para la comunicacion del mar del Norte al del Sur por el desaguadero del Gran Lago, que es, decian, un rio tan grande como el Guadalquivir en Sevilla, rico de muchas minas de oro y poblado de innumerables gentes, y en que por la solidez y variedad de sus maderas podria hacerse un famoso astillero. Añadian la benignidad del temperamento, y el vicio de la tierra, tanto, que segun la relacion de un célebre holandés, hay árboles que entre doce hombres no podian abrazarlos. Herrera en este pasage da á la laguna de Nicaragua ciento treinta leguas de circuito. Creo que confundió las de Leon y Granada, que en realidad son dos, aunque se comunican entre sí. A la de Leon da Torquemada veinticinco leguas de circunferencia, sobre diez de ancho. De los volcanes el mas famoso por su altura, por sus erupciones y sus bosques es el de Masaya, á que se bajó el año de 1538, por orden del rey, falsamente informado, que era alguna masa de oro ó plata lo que ardia en su fondo. El informante, Francisco Sanchez, daba al volcan mas de trescientas treinta brazas de profundidad, y pudo medir las por medio de las cadenas y calderas con que por dos ocasiones se procuró sacar aquel imaginario tesoro. El primer obispo de Nicaragua fué el Sr. D. Garcia Alvarez Osorio. Gil Gonzalez erró el nombre y el año de la ereccion, que dijo ser el de 1531, habiéndose erigido la Catedral, segun el mismo, él de 1534.

El siguiente año comenzó con la ereccion del colegio real que hizo S. M. en el Seminario de S. Pedro y S. Pablo, y su agregacion al Se- **Union del colegio de S. Pedro y S. Pablo**

y S. Ildefonso, y ereccion del colegio real. minario de S. Ildefonso, con que al amparo y sombra de tan augusta proteccion ha florecido constantemente hasta el dia de hoy. Desde el año de 1583, como dejamos ya escrito, habia por orden de N. M. R. P. general renunciado el gobierno y administracion de este colegio el padre Juan de Loaiza. Poco mas de un año despues en cabildo tenido á 3 de junio de 1590, se trató de restituir á la Compañía la administracion; pero con unas condiciones á que no se podia condescender. Instaron aun siete años despues en cabildo tenido á 8 de agosto de 1597; pero con el mismo éxito. Entre tanto por descuido de los patronos se habian perdido algunos principales, disminuyéndose otros, hasta que informado S. M. por los doctores *Villagra y Quesada*, á quienes la real audiencia habia encomendado la revision de cuentas y visita de aquel colegio, determinó por su real cédula de 29 de mayo de 1612, que la administracion de dicho colegio se encomendase á la Compañía, y se agregase al Seminario que ella tenia en México, quedando por S. M. el patronato de dicho colegio, y en los señores vireyes el derecho de nombrar colegiales, y proveer las becas en nombre de S. M., la cual cédula se insertó despues en la Recopilacion de Indias, lib. 1 tít. 23, l. 13. „Encomendamos (dice) y encargamos el gobierno y administracion del colegio de S. Pedro y S. Pablo de México á la Compañía de Jesus y sus religiosos, reservando para nos y los reyes nuestros sucesores el patronazgo de él, y es nuestra voluntad que los vireyes de la Nueva-España presenten los colegiales conforme al nuestro patronazgo real, para que estudien artes y teología, &c.” En consecuencia de esta real orden á los 17 de enero del año de 1618, compareciendo ante el Exmo. Sr. D. Diego Fernandez de Córdoba, marqués de Guadalcázar, el Sr. D. Juan Suarez de Ovalle, fiscal de S. M., el padre *Nicolás Arnaya*, provincial, y el padre *Diego Larios*, rector de S. Ildefonso, se leyó un auto del tenor siguiente: „En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, trino y uno. En la ciudad de México en 17 dias del mes de enero de 1618 años, el Exmo. Sr. D. Diego Fernandez de Córdoba, marqués de Guadalcázar, virey, lugar teniente del rey nuestro señor, gobernador y capitán general de esta Nueva-España y presidente de la real audiencia chancillería que en ella reside, &c. En nombre de la católica real magestad del rey Felipe III, nuestro señor, estando presentes el Lic. Juan Suarez de Ovalle, su fiscal en esta real audiencia, y el padre *Nicolás de Arnaya*, pro-

vincial de la religion de la Compañía de Jesus de esta Nueva-España, y el padre *Diego Larios*, rector del colegio Seminario de S. Ildefonso, dijo: Que habiendo entendido S. M. el estado en que últimamente estaba el colegio de S. Pedro y S. Pablo, cuyo patronazgo le pertenece, así por el universal de este reino, como por haber cesado la disposicion y fundacion que al principio tuvo, quedando vacante de todo punto; usando de su acostumbrada clemencia y grandeza, deseando el bien universal de este reino en su crecimiento, como tambien en la virtud y letras de la juventud, ha sido servido tomar el dicho colegio, poniéndole bajo su proteccion y amparo, como consta de su real cédula en que encarga la administracion del dicho colegio á la Compañía de Jesus de esta ciudad de México y religiosos de ella, su fecha en 29 de mayo de 1612, cuyo tenor es como sigue: „El Rey. Marqués de Guadalcázar, pariente á quien tengo proveido por mi virey, gobernador y capitán general de las provincias de Nueva-España, ó la persona ó personas á cuyo cargo fuere el gobierno de ellas. Por parte del padre *Francisco de Figueroa*, procurador general de la Compañía de Jesus de las Indias, se me ha representado que ella fundó y tuvo á su cargo el colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México, y por las diferencias que sus patronos tuvieron y las condiciones con que quisieron conservar este patronazgo les dejó la Compañía el gobierno del dicho colegio, de que le ha resultado mucho daño, y será mayor cada dia si no se pone remedio en ello. Mas habiéndose estinguido y redimido las colegiaturas de los dichos patronos, y quedando como se debe el patronazgo por mí, podrán mis vireyes de la Nueva España presentar los colegiales de ellas en mi nombre, como lo hacen los del Perú en el colegio de San Martín de la ciudad de Lima, y con esto volver á encargarse del dicho colegio la Compañía, uniéndole con el Seminario que tiene á su cargo en la de México con que vendria á restaurarse de mas del bien universal que de ello se seguiría á la juventud de aquel reino. Suplicóme que atento lo cual mandase poner el dicho colegio en la forma que está el de San Martín de Lima debajo de mi proteccion y á cargo de la dicha Compañía, y visto por los de mi consejo real de las Indias, por justas consideraciones que á ello me han movido, he acordado de encargar, como por la presente encargo y encomiendo, el gobierno y administracion del dicho colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México á la Compañía de Jesus y religiosos de